

Madrid visto por un hidalgo burgalés en 1845

Por Fray VALENTIN DE LA CRUZ, O. C. D.

INTRODUCCION

Acogido un día a la ancha hospitalidad de los Ruiz de Salazar, revolvía los arcones de los papelotes de su linaje: cartas, ejecutorias, apeos, libros de colonos y aparcerías. De pronto, un cuadernillo de letra decimonona, pomposamente titulado **Libro de Memorias**. Eran, y son, cuarenta páginas de apretado texto, en 14 por 19 centímetros. En la primera página se lee: «Madrid, año de 1845. **Libro de Memorias**; la segunda repite **Libro de Memorias**. La caligrafía es rápida y rasgada y la ortografía no se ajusta a leyes fijas.

El fruto de su primera lectura es la publicación presente, con tan vigorosas razones como la novedad de que un hidalgo de las Merindades de Castilla la Vieja consigne sus impresiones viajeras; la extraordinaria lección que encierra este cuadernillo en una época como la presente de turismo masivo y, en gran parte, inconsciente; la sensación de terrible relatividad de las cosas que se desprende de la lectura y que nos hará ser humildes en nuestros días y la curiosidad de saber detalles de la vida de otros tiempos, precisamente en esa macrópolis incómoda que es Madrid.

Firma el **Libro de Memorias** don Francisco Ruiz de Salazar, mayorazgo de esta casa precisamente en el solar de Salazar. Julián Francisco, hijo de Francisco Ruiz de Salazar y de Paula Fernández, había nacido en el lugar de su apellido a veintiocho días del mes de enero de 1787. Era el hijo mayor; luego vinieron otros siete hermanos. Don Francisco tuvo a su

vez cuatro hijos de su matrimonio con Juliana Ruiz de la Peña. Murió en Salazar, el 27 de septiembre de 1854 (1).

El motivo del viaje es tan sencillo como cordial: «el deseo de dar un abrazo a mi hijo y a mi hermano». El hermano era Manuel Aniceto, nacido el 17 de abril de 1805 y, por tanto, dieciocho años más joven que Francisco (2). Manuel estudió en las Universidades de Valladolid, Valencia y Madrid; llegó a ser uno de los médicos más afamados de su tiempo y hombre de asombrosa actividad: cofundador de la Academia de Emulación de Ciencias Médicas y del Instituto Médico Español; académico de número de la Real de Medicina de Madrid, presidente de la Sociedad Española de Hidrología Médica, director de los establecimientos termales de Ontaneda, Alceda y Panticosa, investigador de éxitos positivos y escritor y colaborador de publicaciones de la Medicina. También intervino en política, siendo elegido Diputado para las Cortes de 1853. Murió en Madrid el treinta de marzo de 1882. Sus hijos Emilio y José Manuel Ruiz de Salazar y Usátegui siguieron los mismos caminos de honor y eficacia de su padre (3).

La primavera del año 1845, en la que se sitúa esta **Memoria**, era de calma en la fatigada vida política española. En realidad, una calma aparente. El año había comenzado con el triste presagio del pronunciamiento (uno más) del general Zurbano (fu-

(1) Archivo parroquial de Salazar, libro 5.º de bautizados y difuntos; las partidas que interesan son la 14 (de don Francisco), 34, 57, 76, 91, 111, 123, 151, 253, 274, 301, 330. Es obligado rendir un homenaje de gratitud al sacerdote que no hace muchos años, copió, ordenó y registró cabalmente los libros de esta parroquia.

(2) Véase en el lugar citado en la nota anterior la partida 151.

(3) Don Emilio fue una relevante personalidad y un benemérito del Magisterio español. Sobre él, LUIS AGUIRRE DE PRADO ha escrito una biografía: *Ruiz de Salazar o el Revindicar del Maestro*, 270 pgs., más fotografías y gráficos, Barcelona, 1960, edit. Casulleras. En la pg. 18 atribuye el mayorazgo de la Casa Ruiz de Salazar a don Manuel, padre de don Emilio, privilegio que evidentemente correspondía a don Francisco, el autor de la presente *Memoria* y a sus descendientes. Diré, finalmente, que don Emilio fue presidente-fundador de la Sociedad protectora de animales y plantas.

Don Manuel Ruiz de Salazar y Usátegui fue ingeniero y arquitecto eminente. En 1913 editó un libro titulado *Recuerdos* (488 pgs. más fotografías; Madrid, Ipm. Arahetes-Villoria), que es una suma de noticias interesantes sobre la familia del autor, de sus artículos y hasta poemas. Además de lo dicho, don Manuel fue Académico Correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando, Jefe de Administración Civil, Caballero y Comendador de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, hijo Adoptivo de las muy noble y muy leales ciudades de León y Avila, individuo de varias sociedades científicas, artísticas y económicas de Amigos del País, etcétera.

silado el 21 de enero) en La Rioja. El hombre del momento era Ramón María Narváez, «el espadón de Loja», que, tras derrotar a Espartero en 1843, dictaba su voluntad al país. Narváez había formado gobierno en mayo de 1844, el mismo que un año después regía a la nación española bajo la autoridad nominal de aquella niña crecida y caprichosa (tenía 15 años) que era Isabel II.

Todos los impetus, generosos a veces, a veces incorrectos, de Narváez no conseguían apagar el terrible volcán sobre el que marchaba aquella España. Carlistas, liberales, moderados y otras facciones conspiraban contra la autoridad de turno. Las Cortes elaboraron y aprobaron en aquella primavera una nueva Constitución, moderadora de los extremismos de la anterior, de 1837, y que informó la vida nacional hasta 1868. Fue aprobada el 23 de mayo, viernes, al día siguiente del Corpus, jornada de la que fue testigo don Francisco Ruiz de Salazar.

En el panorama español se comentaba entonces la eficacia del Cuerpo de seguridad creado en el año anterior por el Duque de Ahumada: la benemérita Guardia Civil, a la que Narváez dio unas Ordenanzas, que son la clave de su perseverancia en el servicio a España. La gente, más segura, reactivaba su progreso económico; el vapor llenaba los sueños de desarrollo y cuando el ministro de Hacienda, señor Mon, emitió una Deuda al tres por ciento, el pueblo confiado la cubrió rápidamente.

Era una primavera de cierto optimismo, a propósito para que un hidalgo de los valles norteños, dejara su tranquila casona y en la torturante diligencia se acercara a la Villa y Corte. Otro tanto, y por aquellas fechas, hacía el compositor Liszt. La vida bullía en Madrid como siempre, entre rumores de política, sabihondos y pillos, toros y teatro.

Inocente y bienintencionado, don Francisco cayó en Madrid desbordando mentalidad aldeana y apego al terruño. Sin la compañía de su hermano Manuel y de su hijo Domingo, ya duchos en sabiduría cortesana, hubiera sido objetivo propicio de los mil modos del timo. Cuando don Francisco anote sus impresiones, los términos de sus comparaciones serán los elementos más familiares y usuales en las antiguas Merindades: la torre de la iglesia parroquial de San Esteban, a cuya sombra se arropaba la vida entera de Salazar y bajo cuya bóveda se habían bautizado y casado tantas generaciones de la estirpe hidalga de los Ruiz de Salazar, de varones tan claros y blaso-

nes tan limpios; las carretas, los prados, las pesas y medidas, todo está presente en la pluma de don Francisco. Este es un cristiano consecuente que observa sus devociones (procesiones, visitas a templos, plegarias), en el corazón de un Madrid liberaloide y con su sal de anticlericales y escépticos.

En el cuadernillo se averigua al aldeano que quiere proveer con estos apuntes su arsenal de datos y noticias para gastarlo en las noches de invierno, mientras arden los troncos de roble en la chimenea y los amigos, los varones conspicuos del lugar, y los criados escuchan con devota admiración. A sus cincuenta y ocho años años cumplidos, el buen don Francisco no dudó en llegarse hasta Madrid y recorrer la capital con los ojos bien abiertos.

PRINCIPIO DE LA VISITA EN LA CORTE

Cuatro lustros (1) habían pasado sobre mi cabeza, cuando por primera vez viene a pisar el polvo que forman las doradas ruedas de los Reyes; admirando entonces la mansión de tan altos personajes y satisfaciendo así la idea más preponderante de mis primeros años y admirando a la vez el conjunto de bellezas y confusión de objetos que ofrece a primera vista la Corte. Me retiré a mi pueblo sin que hubiese quedado en mi cerebro, entonces demasiado volcánico, otra idea que la que ofrece un laberinto formado por impresiones enteramente confusas.

Treinta y un años (2) habían transcurrido sin que hubiesen borrado aquella primera impresión y, al cabo de ellos, el deseo de dar un abrazo a mi hijo (3) y a mi hermano (4) me arrastra-

(1) Don Francisco no cuenta bien o ignoraba —lo que no es creible— cuántos años tiene un lustro. Nacido el 28 de enero de 1787, tenía en 1814, año de su primera visita a Madrid, 27 años cumplidos: cinco lustros largos.

(2) Los que van entre 1814 y 1845. Más adelante, don Francisco señalará concretamente los días de la Semana Santa del 14 como los de su primera estancia en la Corte. Sospecho que el motivo de esta presencia, apenas concluida la Guerra de la Independencia en la Península, se relacionará con el servicio de armas que, tal vez, prestó en aquella gloriosa contienda.

(3) Domingo Ruiz-Salazar y Ruiz-Peña, nacido en Salazar en 18 de febrero de 1821, tercer hijo de don Francisco. (Archivo parroquial de Salazar. Libro 5.º de bautizados, f. 78 v., núm. 301.)

(4) Manuel Aniceto Ruiz-Salazar Fernández, hermano menor de don Francisco, luego famoso médico, nacido en Salazar en 17 de abril de 1805.

ba de nuevo a la Corte; y después de satisfacer esta necesidad de mi afecto, paso algunos días descansando en tan cara compañía y doy principio enseguida a visitar las cosas más admirables que ofrece Madrid al curioso observador. Preciso es que antes de escribir ninguna de las escenas, que en vano trataría mi inexperta pluma de trasladar al papel, advierta que estas ligeras apuntes no son otra cosa que una señal conmemorativa para ayudar mi infiel memoria y de ningún modo pueden aprovechar a ningún otro que no las haya visto, siendo mi ánimo únicamente conservar y poder transmitir alguna idea de tantas maravillas como encierra la capital de España.

* * *

Sorprendente es, por cierto, el conjunto que ofrece la calle Alcalá en un día de toros. Tal es la diversidad de carruajes en todas direcciones, gentes de todas clases, ya en grupos alegres y tumultuosos, que en semejantes días olvida todas sus penas para entregarse a su función favorita, ya de elegantes personajes, con todas las demás clases conocidas, que marchan presurosos, ofreciendo un conjunto alegre y pintoresco, distinto, según todos los viajeros(?) del carácter español. Esta misma confusión y algazara ofrece la circunferencia de la plaza; el aspecto de su interior, dirigiendo la vista por el tendido, palcos y galerías es sorprendente, y no me es posible explicar la perspectiva que ofrece sobre catorce mil personas de todos matices y colores, allí colocadas. El momento más crítico es el ver el despejo de la plaza: una compañía de coraceros marchaba en las dos direcciones, echando de allí un sin número de jóvenes aficionados a pisar la arena del circo; seguían el mismo movimiento los alguaciles en caballos cubiertos de cintas y de bordados de oro y plata; el palco del ayuntamiento con sus maceros; la música colocada al frente; la cuadrilla de lidiadores en el acto de recibir las llaves de los toriles; los picadores galopando por la plaza marchan a ocupar su puesto. Del tendido sale un ruido como de una tempestad: silbidos, en varios sitios cencerros y bocinas en otros, causan un estrépito terrible, que sorprende al toro al salir hecho una fiera.

Trabajan primero los picadores, auxiliados de las capas; luego los banderilleros y, por último, el denodado matador sale con su trazo encarnado y su espada y logra algunas veces matar al toro a la primera estocada, que le introduce por junto a

los brazos con una destreza sin igual. En cada corrida se lidian seis toros. En ésta mataron 22 caballos, y hubo uno tan valiente que él solo mató a siete, dio sendos porrazos a los picadores y murió tan entero como cuando salió del toril.

En el Café Nuevo entramos a refrescar. Sus elegantes columnas, sus muchas y ricas arañas, más de 15 espejos grandísimos, un valiente reloj de música, la grande extensión de su local, con más de setenta mesas y sobre 400 personas colocadas en ellas, tomando cada una distintos manjares, ofrecen también un conjunto admirable.

* * *

Entre los diversos puntos pintorescos que ofrecen los paseos de Madrid figura en primera línea el del Prado. Sus extensos y alegres salones, sus paseos cubiertos de ramajes de los árboles, rodean el principal por un lado y por otro un elegante enrejado, por fuera del cual pasean más de 300 coches en dos filas, encerrando el salón más de cuatro o cinco mil personas, donde figura el lujo y la pompa de un modo admirable, habiendo algunas señoras cuyos vestidos y mantones pasan de 12.000 reales de valor, sin contar los adornos de diamantes que suben, además, por muchos miles de duros.

La diosa Ceres, llamada La Cibeles, en su elegante carroza tirada por leones, adorna con sus cristalinas aguas el salón principal por el norte, y Neptuno, también en su carroza con su tridente en la mano y llevado por hermosos caballos marinos, adorna el mismo por el mediodía. De esta fuente saltan varios chorros y, entre ellos, uno que se eleva a altura de 40 pies. El café de Las Cuatro Estaciones y al frente la fuente del mismo nombre que tiene alegante escultura, forman el adorno por el poniente; el monumento del Dos de Mayo con su obelisco descolante por entre los frondosos árboles que amenizan el Campo de la Lealtad al saliente, concluye para formar un conjunto bello y alegre.

Siguiendo hacia la Puerta de Atocha, que está muy lejos, siguen los mismos paseos y arboledas, contándose por la derecha los palacios de Villahermosa, Medinaceli, gran fábrica de platería de Muñoz, en la cual vi más de 20 arrobas de plata labrada en distintos objetos para satisfacer las diversas necesidades del lujo. En este mismo edificio vi el diorama que en diez varas de extensión representa como si fuera real y positiva

la iglesia del Escorial, que será de grande como doce veces la de Salazar. Allí hay otros objetos de perspectiva como se ve por el adjunto prospecto. En el mismo edificio hay un buen gabinete de física, donde entre otros instrumentos y máquinas, vi la máquina pneumática, donde formando el vacío de aire, queda un hombre preso sin más que tapar un agujero que comunica con el vacío. También (vi) la máquina eléctrica, cuya conmoción desagradable experimenté; con sólo cargar una botella que aplicada a un alambre que tenía Domingo en la mano, sentimos todos una violencia (y) contracción de nuestros miembros; el fluido que produce este maravilloso efecto es el mismo que producen los relámpagos y los rayos. Y allí vi una máquina tan grande que, bien cargada, dispara rayos, o sea chispas, capaces de matar al hombre más robusto y aunque sea a un caballo.

Luego pasé al microscopio solar, instrumento que aumenta las cosas once millones más grandes de lo que son; la pulga, el piojo, la chinche, los mosquitos cínifes y otros insectos eran de grandes como un cordero de quince libras. La sal común, desleída en agua y tomando de ella una gota, se la veía cristalizar en pedazos como el puño, siendo así que en el cristal eran unas partículas imperceptibles. Un triángulo de cristal de roca puesto a un rayo de luz que entraba por un agujerito descomponía la luz en siete colores distintos. Muchos espejos colocados en aquella misma habitación le hacían a uno formar tantas caricaturas que no podía menos de reirme. Una torrecita de cristales de diversos colores hacían que mirando por un cristal encarnado parecía que todo Madrid estaba ardiendo; si por uno verde, azul o de otros colores, que todo tomase el mismo colorido.

Más abajo está la Puerta de Atocha y el Gran Hospital General, donde de ordinario hay sobre 1.500 enfermos. Fuera de esta Puerta está el Camposanto de San Nicolás. Su silencio, sus versos grandiosos, sus catafalcos y suntuosos sepulcros, las flores y plantas lúgubres y aquella mansión de silencio, todo edifica y reprende la necia vanidad de los mortales que, con sus riquezas, saber y poderío, allí han de ir a convertirse en humilde polvo.

* * *

Volvamos a entrar por la misma Puerta Atocha y encontramos, a la derecha, el convento en que se venera esta Virgen

milagrosa y a donde, estando el Señor manifiesto, la Reina y su familia asistió a una solemne Salve que se canta todos los sábados. Este gran templo está rodeado de pabellones hechos con las banderas más distinguidas y ganadas en las diversas guerras y se componen de número de ciento diez a ciento veinte banderas.

Siguiendo después hacia el norte se ve el Jardín Botánico, donde se cultivan para el estudio todos los arbustos, árboles y plantas conocidos hasta el día. Hay sus hermosas estufas para guardar las plantas delicadas en el rigor del invierno. Siguiendo la misma dirección está el Museo, edificio de mucho mérito y extensión (5). En el piso bajo recorrí sus grandes salones, en donde se encuentran figuras de mucho valor, todas de esculturas de los diversos emperadores y pasos históricos de mayor mérito; pasan de dos mil quinientos ejemplares los que vi, sin contar las riquísimas mesas de embutidos de piedras finas, siendo el valor de cada una de ellas sobre un millón de reales. En otros salones vi todos cuantos adornos y órdenes de arquitectura se han empleado para la construcción de los principales edificios, sagrados y profanos.

Sobre estos salones de esculturas se extienden otros mayores con cuadros de pinturas de los autores más célebres y, además de representar la historia sagrada y profana, se ven cuadros de cacerías, batallas, objetos de mar. Entre los cuadros de mayor mérito figuran los del famoso pintor Rafael y entre sus obras el cuadro llamado «La Perla». Tiene como vara y media ese cuadro; representa la Virgen y Santa Isabel con Jesús y San Juan a la edad de diez meses. Los ingleses han tenido empeño en llevarse este cuadro y ofrecían por él la suma de trece millones de reales; así como también por otro llamado «El pasmo de Sicilia», que algunos aprecian en mucho más que el anterior. Pero el que más excitó mi curiosidad e interés fue el cuadro del hambre del año once de este siglo, en que los madrileños, comiendo tronchos de berza, prefieren morir, y mueren en efecto, antes que recibir de mano de los franceses el pan que, compadecidos, les ofrecían (6). Siete salones y varias galerías de

(5) El actual Museo del Prado, una de las pocas iniciativas felices de Fernando VII.

(6) Esta referencia y otras deslizadas en la narración hacen creer en el patriotismo sano de don Francisco y en su participación activa en la Guerra de la Independencia.

altos techos están cubiertos de maravillosas pinturas que envidian todas las naciones.

Siguiendo al norte, se sube al Palacio del Buen Retiro, en cuyo anchuroso patio vi los primeros cañones e instrumentos de artillería que se usaron en los dos primeros siglos de su invención. Y, saliendo del expresado patio, hacia el oriente, hay un extenso paseo, o más bien bosque, con hermosos paseos a todas partes, estanques chinescos, jardines y, principalmente, un estanque grande, que tendrá más de cuatrocientos pasos de cuadro, en donde nadan varias aves de agua, teniendo, en uno de sus lados un precioso embarcadero, con dos lanchas doradas muy preciosas, en que se embarca Su Majestad. Siguiendo el dicho bosque, hacia el oriente, se llega a la Casa de Fieras, donde vi varias aves de excesivo grandor, monos, osos, ciervos, panteras, hienas y el león y una cebrá, de hechura de mula, muy hermosa por la pintura que forma la piel.

Para recorrer estos diversos objetos empleé varios días, porque cada uno de ellos basta para hacer gastar toda una tarde. Al lado de La Cibeles subí en un coche, en compañía de mi familia, y fuimos a un paseo que está extramuros de la Corte. Llama especialmente la atención una fuente soberbia, llamada Castellana, que da nombre a aquel hermoso vergel de jardines con flores de todas especies, inmensas arboledas, cenadores, plazas circulares con sus galerías formadas con el ramaje de chopos en unas, de sauces y arbustos en otras; convidan a descansar en sus asientos.

Siguiendo hacia el occidente hay varias casas de campo y un barrio llamado Chamberí, donde se ven diversiones de todas clases. Siguiendo la misma dirección, y pasado el camino que va a Burgos, hay otro Camposanto, cuya descripción omito por ser casi igual al de San Nicolás. Más adelante, está la Casa de San Bernardino, a donde se recoge a todos los pobres que se les vea pedir limosna, no estando completamente impedidos, y encerrados en aquel piadoso asilo, se les obliga a trabajar, se les da de comer y se les viste. Luego pasé al Colegio de Nobles, hoy Hospital Militar; Palacio del Duque de Liria; Cuartel de Guardia de Corps. Cerca del Cuartel está la Plazuela de los Afligidos; en ella hay una capilla donde se conserva una de las imágenes del Señor, impresa en el mismo paño con que la Verónica le limpió el Rostro.

Hay varias galerías en Madrid, donde por medio de anteojos se puede lograr ver, en su verdadero grandor y con toda propiedad, varios objetos memorables. Entre estas galerías he visto la de Recoletos, en donde se nos presentaron las vistas de los mejores puertos de Europa y, además, la ciudad de Segovia con su acueducto romano; los grandes salones del regio Alcázar de Toledo y muerte del príncipe Federico en ellos; una sinagoga o templo de los judíos en Londres, con tanta verdad como si se viese al verdadero; los judíos, sentados en rededor, con los sombreros puestos, las señoras separadas en unas altas tribunas y todos con sus libros en las manos acompañan al rabi o sacerdote que con dos acompañantes, también vestidos de blanco como él, estaban en una especie de presbiterio elevado como dos varas del suelo de la iglesia, delante de los armarios en donde está colocado el tabernáculo que encierra las Tablas de Moisés, o sean los Mandamientos de la Ley de Dios.

Vi, además, la ciudad de Riberpol (7), en Alemania; el Monumento de la catedral de Toledo con toda su iluminación y rico ornato. Vi también el monumento majestuoso de la catedral de Sevilla con toda exactitud: cuatro cuerpos de diverso orden con multitud de estatuas, el famoso tabernáculo de plata que tiene 28 palmos de altura y pesa mil trescientas libras; tiene además 700 bujías con 3.350 libras de cera y ciento treinta lámparas de plata, que forman el primer monumento de los templos de España.

Vi a Bayona de Francia; la bóveda subterránea y carruajes de vapor al pasar una montaña. El subterráneo camino que los ingleses han hecho por debajo del río Támesis, que por no poder hacer puentes en tan caudalosas aguas, empezaron a taladrar la tierra a media legua de distancia y fabricaron por debajo del río esta gran bóveda que, muy iluminada y anchurosa, conduce a Londres. Vi, además, los altos montes de los Alpes, todos nevados, y los monjes hospitalarios de San Bernardo que, con unos perros de cierta clase, salen en los días de tempestad de nieve en busca de los viajeros que se extravían o que se atascan en la nieve para conducirlos al convento. La ciudad de Belén y las ruinas y su portal, en que nació Jesús. El monasterio del Escorial, en España, reputado por la octava maravilla. Varios espejos que hacían diversas caras y en una tabla

(7) Acaso intentó señalar a Liverpool, en Inglaterra.

había diversos borrones que mirando por un agujero formaban un viejo tomando café, y otra un niño con sus flechas o sea Cupido.

Vi también el Cosmorama, en la calle de la Gorgera, en donde me asombró el magnífico templo de Jerusalén, en cuyo centro está el sepulcro de Jesucristo, y alrededor muchos peregrinos y religiosos de todas las naciones, postrados ante aquel monumento que tan sublimes sentimientos inspira. Vi la ciudad de Sevilla, la de Carmona, la de Jerez de la Frontera, y otras, hasta el número de 12, con sus altas torres y grandes edificios. Vi a la hermosa Granada, último asilo de los moros en España. Vi la gran catedral de Pisa en Toscana o Italia y una torre torcida por una escalera, que es una de las obras de mayor mérito en arquitectura.

Vi el país de los Hotentotes, con los árboles llamados cocos, palmeras y otros árboles y arbustos, que hacen aquel país deliciosísimo, por cuya atmósfera se veían volar loros, guacamayos y otras aves de preciosos colores. Vi a la ciudad de Morella y a las tropas de la Reina en el momento de dar el asalto y cuando Cabrera mandó incendiar la brecha en medio de la oscuridad de la noche. La voracidad de aquellas llamas, las llamaradas que por todas partes vomitaban los fusiles colocados en la muralla, los muchos muertos y no sé qué más, causaban el mayor horror y espanto.

* * *

La plazuela de Oriente, donde está el gran salón de Diputados, también llama especialmente la atención, en donde concurrí a algunas sesiones y además de oír allí a hombres eminentes (8), sorprende también la suntuosidad y grandeza del salón con sus regios adornos. Di algunos paseos en un círculo del jardín rodeado de árboles y estatuas de más de cien reyes españoles que tienen mejores recuerdos históricos. En el centro de este jardín hay una preciosa fuente que en diversos raudales sale de un monumento sobre el cual está la estatua de Felipe V en un caballo de bronce de singular mérito. A la derecha de esta plazuela están las casas de los ministerios y las Reales Caballerizas y, al poniente de la misma, el Real Palacio.

(8) En el año legislativo 1844-45 las Cortes discutieron otra Constitución. Los oradores más famosos de aquella hora eran González Bravo, José María Orense, Pedro José Pidal, Istúriz, etc.

trab Sería en vano tratar de describir una cosa superior a mis fuerzas; baste saber que, en su clase, es la obra más superior de Europa. Recorri su alrededor y por la parte que mira al poniente tiene una bajada de vueltas y revueltas con sus antepechos hasta llegar al Campo del Moro, presentando una soberbia fortaleza. En lo interior del Palacio hay un magnífico patio, donde están cuatro estatuas que representan cuatro emperadores romanos, naturales de España. Oí misa en la capilla, que es preciosa, muy llena de adornos dorados, pinturas de mucho mérito, dos grandes lámparas de oro y otras dos de plata, a cada lado del presbiterio, y en cada uno de los ángulos y lados de los altares se elevan soberbias columnas de una sola pieza de mármol verde. Después de concluida la misa me asomé a la tribuna donde oye misa la Reina; vi sus sillas doradas con asientos de terciopelo azul, bordadas de oro y plata; y por último, el terrible órgano, los instrumentos músicos y las voces que armoniosamente resonaban en el alegre coro situado sobre la tribuna de los Reyes produjeron en mi una impresión edificante y sublime. Después anduve por sus extensos corredores y, finalmente, estuve situado en la plaza del mediodía, a la sazón que doscientos músicos y tambores tocaban el día de cumpleaños de Su Majestad (9). Toda la Grandeza iba llegando al besamanos. Las cabezas de las Grandes de España se veían cubiertas de diademas cubiertas de brillantes, así como su cuello, pulseras y dedos, ascendiendo el valor de lo que algunas llevaban encima a más de un millón de reales, según algunos prácticos decían. Unos llevaban mantos encarnados, otros azules, cubiertos de estrellas de oro y plata; todos arrastraban cerca de dos varas y llevaban sus camaristas para llevar la cola. Generales, ministros, embajadores y personajes distinguidos por sus condecoraciones, todos se agolpaban aquel día alrededor del trono. Por último, colocado al frente de la escalera principal, en dos ocasiones diferentes tuve el gusto de ver bajar a la Reina, con su madre, hermana, camaristas y demás comitiva real, hasta colocarse en una carretela o coche abierto, para ir a paseo.

Mientras se colocaban en sus asientos, tuve el gusto, en dos días distintos, de observar bien de cerca a la Reina Isabel, que

(9) De Su Majestad María Cristina de Borbón, madre de Isabel II, nacida en Nápoles en 27 de abril de 1806. Aunque don Francisco no lo puntualiza así, se deduce de la fecha que pone en su relación: primero de junio de 1845. Isabel II nació en 10 de octubre de 1830.

está sumamente gruesa y desarrollada, si bien con la piel de su cara cubierta de una caspilla; sus ojos azules, su atenta mirada y el afán cariñoso con que cogía los memoriales que allí se la entregaban, revelaba un fondo cariñoso que interesó a cuantos observábamos tanta diligencia.

* * *

La Plaza Mayor, después de concluida, será cosa grandiosa; ahora falta la tercera parte, que ha de ser igual a las demás, cuyas casas son tan uniformes que en nada se diferencian desde el suelo al tejado. Donde fue convento de San Felipe Neri hay una magnífica galería cubierta de cristales y además una plaza con todos comestibles.

El covento que fue de la Merced y el de Capuchinos de la Paciencia, así como algunos otros muchos, se encuentran convertidos en plazuelas con muchas filas de árboles; otros, como San Felipe el Real, la Soledad, Pinto y otros varios, están reemplazados por suntuosas casas. En este derroche ha perdido, sin duda alguna, la arquitectura muchos monumentos de mérito y los principales son la iglesia de la Merced, Galerias de San Felipe el Real y portada de San Felipe Neri. Tristeza me causó el recordar que, de más de 30 conventos que visité el día de Jueves Santo y Viernes Santo del 14, no he encontrado más que alguno que otro empleado en el día en usos bien profanos (10). La iglesia de San Jerónimo (?) el Real es rica y hermosa; la de Santo Tomás, cuyo convento es cuartel, también es respetable y suntuosa. La Casa de Correos y Aduana son, en mi juicio, de lo mejor que he visto en Madrid, fuera del Palacio.

Admirable es el lujo del comercio en sus tiendas y portadas: una platería en la Plazuela del Angel; una botica y una confitería en la Carrera de San Jerónimo rivalizan con el tabernáculo más rico y mejor dorado. Los comercios de seda en la calle del Carmen, los de los alemanes en la de la Montera; los de muebles, librerías e instrumentos de física en la de Carretas paran la atención con el mayor interés y lo mismo sucede en algunas otras.

Digna es de ver también la suntuosidad con que se celebran

(10) Ello era debido a que, como el lector sabe, en 11 de octubre de 1835, decretó Mendizábal su famosa Desamortización y Supresión de las Ordenes Religiosas, de tan graves consecuencias para tantos aspectos de la vida española.

los entierros y, a veces pasados muchos días después de haber enterrado el cadáver, pues asistí a uno que, como todos, se celebró de noche; su catafalco, compuesto de cinco cuerpos de gradería en disminución, se elevaba hasta cerca de la bóveda de la iglesia y tenía en dichas graderías ciento veintidós hachas, con seis hachones como cirios al frente. Todas las parroquias de Madrid celebran una procesión solemne, cada una en su domingo aparte, para llevar el Viático a sus enfermos. Yo asistí a una de las mejores, en que iba el coche de la Reina con seis caballos blancos, y dentro de él el sacerdote con el Santísimo y los dos diáconos; delante iban varias músicas de los regimientos y, detrás, otra gran banda de música, un magnífico palio y una soberbia columna de tropa de caballería e infantería; prescindiendo de varias insignias sagradas que iban en la procesión, recuerdo con placer más de treinta angelitos, preciosamente vestidos, que iban delante precedidos de dos acólitos que llevaban dos asombrosos canastos con un ramo de flores cada uno, que pesaría cerca de una arroba, así como otros cuatro a los cuatro ángulos del coche. En el convento de las Salesas descansó su Divina Majestad; la magnificencia de aquel templo, que edificó Fernando el 6.º, el golpe asombroso de la música, las escogidas voces del órgano, los armoniosos cánticos de las religiosas y de los sacerdotes de la procesión y el aroma del incienso que en honor del Criador se elevaba alrededor del altar, conmovieron mi alma y me hacían gozar de un dulzura inefable. Al lado derecho de la nave está el sepulcro del predicho fundador y los altares son de ricos mármoles, así como también el pavimento, y todo el convento es de mucha solidez y exquisito gusto. Luego volvimos a encontrar la procesión y de las flores y pinturitas que tiraban por los balcones sobre el coche es bien seguro que llevaba sobre su cubierta más de cuatro arrobas.

* * *

Una de las cosas más admirables que he visto es el Colegio de San Carlos, o sea la Escuela de Medicina y Cirugía (11); es un edificio de grande extensión, tiene buenas cátedras y un magnífico salón para el doctorado. Hay dos grandiosas salas, también con dos fuentes cada una, y en medio un gabinete de

(11) Estas detenidas visitas a la Escuela de Medicina se comprenden recordando la profesión del hermano de don Francisco, Manuel Aniceto, y el predicamento de que ya gozaba éste en la Universidad.

cristales; en cada una hay como treinta mesas, todas ocupadas con cabezas, piernas y otros miembros, o bien cadáveres enteros sobre los cuales trabaja la estudiosa juventud, que se dedica al conocimiento del ser más perfecto que hay en la Tierra, que es el hombre. Hay, además, en este edificio enfermerías de Medicina y Cirugía de mujeres y niños y otras especialidades de dolencias, para el estudio de todos los ramos.

Pero si todas estas cosas llamaron mi atención, más especialmente recuerdo la hermosa biblioteca en una galería circular, que sin haber más libros que de Medicina, es seguro que no caben en cuarenta carros de mi país; sin contar algunas máquinas de Física y una colección de instrumentos para hacer operaciones de Cirugía, que ocupaban cuatro grandes armarios; tres cajas del grandor de media fanega y otras cuatro mucho mayores.

Pero donde se queda estática mi imaginación es en el gabinete de figuras: allí se ve al hombre desde el almacén de los huesos hasta concluir por la piel. Representando sus diferentes entrañas de cabeza, pecho y vientre y, además, las carnes de los miembros en más de doscientas figuras hechas de cera con tanta propiedad y pintadas tan a lo vivo que parecían ser carne en realidad y el instinto del hombre parece horrorizarse a la presencia de aquella carnicería humana. En unas piezas se ven todos los nervios de todas las partes del cuerpo, en otras se ven todas las venas y arterias; ya se ven algunas piezas presentando todas las partecitas que componen el mecanismo del oído; en otras el ojo con todas sus dependencias y en otras, por último, el aparato de las vías urinarias.

También es digna de atención la colección de niños monstruos conservados en frascos grandes de espíritu de vino, donde se ven unos con dos cabezas, otros con dos cuerpos y sólo una cabeza; ya cuatro manos, ya tres; unos pegados por la espalda con su compañero, otros por el vientre y otras muchas aberraciones y caprichos de la naturaleza. Había también algunas momias, que son unos cuerpos enteros con las mismas ropas con que se enterraron. Pero la sección más portentosa para mí de este admirable gabinete fue la de partos, empezando desde que concibe la mujer hasta que se desarrolla del todo el feto o criatura, con todas las posiciones que puede presentar en el acto del parto, ya en los naturales, buenos, ya en los malos, ya cuando hay necesidad de maniobrar con la mano o con instrumentos.

Por último, cuatro mujeres, hechas de cera como si estuvieran vivas, colocadas en ademán de parir, tienen la cubierta del vientre de quita y pon y permiten ver la colocación de la criatura y la relación que ésta guarda con la entrañas que la rodean.

La obra de esta gran Escuela está en el día sin concluir; tiene una bonita fachada y sobre la puerta principal un relieve de mérito alegórico a la humanidad desfalleciente, recibiendo los socorros de la Medicina, y sobre este relieve la estatua de Esculapio.

* * *

Por segunda vez estuve en los toros y también dos noches en el Teatro del Circo. La primera noche representaron la ópera de «Los Lombardos», o sean «Los Cruzados», cuando se apoderaron de la Tierra Santa; las voces eran sorprendentes y los telones que figuraban a Jerusalén, salón regio de Antioquía, cavernas de las montañas por donde pasa el río Jordán y otras vistas, eran de mucho mérito.

En la otra noche era un baile fabuloso y pantomímico, llamado la Silfide. No fue cosa que me agradase mucho, por ser alegórico, de amores, y en donde, además, figuraba un brujo o demonio que en unas cavernas horrendas capitaneaba un regimiento de diablos y diablas que danzaban en aquella obscuridad alrededor de una hoguera, llevando cada uno unas calaveras en un alto palo, echando fuego por boca y ojos. Sin embargo, la ligereza de los actores excede toda ponderación y el vuelo de los ángeles por el aire, a gran altura, especialmente cuando se llevan en una nube el cuerpo de la Silfide, que era la enamorada, es bonito, y el telón, que representa una arboleda pintoresca al salir el sol, ofrecía una campiña muy amena y tan extensa, que hacía creer que tenía media legua de extensión. La música de este Teatro es cosa digna de oírse.

Otras dos noches estuve en el Teatro del Príncipe, cuyos actores, Romea y la señora Matilde Díez (12) trabajan tan a lo vivo que persuaden el ánimo del espectador, en términos de ha-

(12) El matrimonio, formalizado en 1836, de Julián Romea Yanguas (1813-1868) y Matilde Díez (1818-1883), fue en esta época la más alta gloria de la escena española. Estrenaron en España y América las más diversas obras y siempre con éxito abrumador. Romea Yanguas fue también poeta y escritor; Matilde explicó la cátedra de declamación en el Conservatorio de Madrid. No fue pequeña la suerte de don Francisco al contemplar en las tablas del «Príncipe» a tan eximios actores.

cer llorar a la mitad de la concurrencia. Así sucedió en la comedia titulada «Amor de madre» (13) y una piecicita que representó a lo último, titulada «Felipe».

La primera representa una seducida francesa, cuyo hijo le robaron por mandato de su padre, y al cabo de 16 años vuelve a encontrar a su seductor con su hijo, viéndose forzada por su antiguo amante a ocultar el nombre de madre en presencia de aquel hijo, objeto de todos sus desvelos y que le arrebatava el alma, terminando después de las más violentas escenas en ser la esposa del duque de Velville, lord de Inglaterra.

La titulada «Felipe» es una grande de España que, en un trance apurado entre tropas insubordinadas, es defendida por un sargento denodado que, por último, viene a casarse con ella. Pero el orgullo del encumbrado nacimiento de esta señora la obligó a exigir de su protector y favorecido dos condiciones: la primera, de no llamarse nunca su marido y sí su mayordomo; y la segunda, que el fruto de su unión conyugal, que era un niño, ignorase su origen y sus padres, pasando la plaza de un aventurero protegido por ellos. Llega este muchacho, entre otros extravíos de su juventud, a tener un desafío, siendo ya abogado, a los 23 años de edad, y cuando le cree muerto, entonces fue cuando esta señora, en presencia de las duras acusaciones de su conciencia y de su marido, deja que sus labios pronuncien los dulces nombres de hijo y esposo. Llega entonces el hijo, que creían muerto, y como la necia vanidad y las ilusiones del mundo habían abandonado la orgullosa cabeza de la gran señora, viene esta familia a encontrar una nueva era de felicidad y de ventura.

La comedia de la segunda noche fue titulada «La entrada en el gran mundo», reducida a presentar un joven marqués de la Alborada, educado al lado de su sesudo tutor, sin que le permitiera entrar en ninguno de los vicios propios e inherentes a la alta clase; pero todas las virtudes del joven marqués vinieron a obscurecerse a la edad de veinte años en que, seducido por un vicioso, titulado el barón, y por la viciosa condesa viuda de La Palma, despreciando y echando por tierra cuanto el buen tutor había edificado en el corazón del marqués, le instaron con frívolos pretextos a que dejase su vida obscura y se

(13) Se certifica por otros testimonios que, cuando en esta obra Matilde leía una carta de su hijo, ponía tal sentimiento que el teatro entero lloraba.

echase coches, mueblajes de casa elegante, que fuera al juego, donde debía darse a conocer entre los hombres de su clase, y que concurriese a los grandes saraos, donde gustaría de las dulzuras de la sociedad de gran tono. Dejóse deslumbrar el marqués, regaña con su tutor y se lanza en el nuevo campo, presentado por sus seductores; pierde en pocas noches valor de doce mil duros, se ve empeñado en clandestinos amoríos, se desafía con dos sujetos y, debiendo morir por el uno de ellos, es libertado por su tutor. Y, en vista de los duros desengaños del necio mundo, vuelve a su retiro, oye nuevamente los consejos de su tutor, logra una vida feliz, hace dichosa a una prima suya, pobre, pero honrada, con quien se casa y se ve rodeado de satisfacciones y bendiciones, de que fue colmado.

* * *

El día del Corpus salí a recorrer la carrera que debía llevar la procesión, que es demasiado larga, y toda ella está cubierta de varios telones de lienzo a bastante altura; todos los balcones estaban adornados con ricas colgaduras e igualmente las fachadas de algunas casas de Grandes estaban cubiertas con ricos tapices de mucho mérito; los adornos de algunos balcones estaban todos rodeados de flecos de oro y plata. La tropa estaba formada en toda la carrera; las músicas tocaban en distintos puntos; un gentío inmenso y muy lucido no dejaba dar un paso por ningún lado; los balcones estaban llenos de gente, formando todo un conjunto sorprendente y magnífico. Pero a la hora en que debía salir la procesión, empezó a llover en términos que Su Majestad la Reina, que había de haber presidido este acto tan solemne, dio orden para que se disolvieran los preparativos y que no saliera la procesión.

Cuando vi desfilar la tropa y dos regimientos coraceros no dejé de sentirlo, ya porque me privaba de ver la solemnidad de aquel acto en que iba Su Majestad acompañada del Gobierno y de toda la Grandeza de España, con las correspondientes autoridades; ya, también, porque Su Majestad suele conceder el perdón a algún condenado a muerte.

Entonces nos llegamos al Consistorio o Casa de Ayuntamiento donde, alrededor de un rico dosel, se veían algunos personajes que aguardaban allí a la Reina. Llegó, en efecto, en un coche de todo lujo, al que seguían otros varios de ceremonia, con unos tiros de caballos que deslumbraban la vista: ocho llevaba

el primero, todos blancos; con correaje negro, sobrepuestos y hebillas de oro y unos plumajes azules en la frente como de más de media vara de altos. El segundo llevaba otros ocho de color de perla, tan iguales que apenas se podían distinguir y sus adornos poco disminuían de los primeros. Todos entraron en el Consistorio con su comitiva, donde la aguardaban (a la Reina) su hermana y su madre y desde donde se trasladaron a Palacio.

Al día siguiente, Su Majestad salió a cerrar las Cortes con mayor aparato que el que queda descrito y la carrera estaba igualmente adornada y concurrida que el día anterior. Es imposible describir la riqueza, la ostentación, el lujo y laberinto de personajes que se cruzaban en todas las direcciones. Al día siguiente, Su Majestad salió para Valencia y fue a dormir a Aranjuez.

El domingo de la Infraoctava del Corpus fui a Palacio a ver la rica tapicería que cubre por uno y otro lado el soberbio claustro del Palacio. En ellos (en los tapices) se veían pintados pasos históricos, guerras contra moros, Granada, Barcelona y tantos otros que causaban la mayor admiración. Este claustro es un cuadrado que corresponde al gran patio de Palacio. En cada uno de sus ángulos había un altar con varias reliquias, todo de mucho valor, como cosa de reyes, y en los cuales altares descansaba Su Divina Majestad mientras se le daba incienso. En la procesión iba una música armoniosa, tanto vocal como instrumental, y acompañaban, además de todos los empleados de la Capilla Real, los empleados de Palacio y un sinnúmero de gentes.

Después vimos la escalera real de Palacio, por la que subimos hasta la entrada de la Sala de Embajadores. Esta escalera tiene de veinte a veintidós pies de ancha y las escaleras son todas de mármol y de una sola pieza. Esta escalera, desde el primer descanso, se divide en dos ramales, en cuyos arranques hay dos grandes leones de alabastro. El cielo está todo pintado con muchos sobrepuestos de oro y el suelo de embutidos de piedras finas.

* * *

Sin embargo de haberse trastornado el orden, haré una breve reseña en la función del Patrono de Madrid: difícil es pintar una romería gigantesca como la de San Isidro. El gran número de tiendas se extiende por uno y otro lado del camino

más de cuatrocientos pasos antes de llegar a la ermita, y después de ella en varias direcciones. Un sinnúmero de cachibaches o juguetes de niños, confiterías, fondas, tiendas de licores, presenta una variedad tan complicada como divertida. Un gentío inmenso se agolpaba sin cesar al santuario y a la fuente que abrió San Isidro, dando un golpe con la reja sobre una piedra, cuya agua beben como remedio eficaz contra calenturas.

Después, el gentío se va desparramando por todos aquellos oteros (?), donde consume opíparos almuerzos; la gente más elegante se acomoda en las fondas y en una hermosa alameda que está a la orilla del río Manzanares; por todas partes las danzas de varias clases suceden a los placeres de la mesa y se ven corros por todas partes, en donde se baila al estilo de las gentes que los componen. Esta numerosa concurrencia empieza la víspera, se aumenta al día siguiente y se acaba dos días después. Yo estuve la víspera y el día del Santo que, después de oír misa y dar por allí cuatro vueltas, almorzamos y nos divertimos hasta las doce que regresamos a Madrid.

* * *

Donde estuvo el Parque viejo de Artillería, en que murieron los valientes Daoiz y Velarde el año de 1808 (14), defendiendo la independencia nacional, se ha establecido una fábrica de fundición de cuantos objetos de hierro se puedan apetecer. Se hacen todo género de máquinas con tanta facilidad y perfección que sorprende. Todas las grandes máquinas que trabajan están movidas por el vapor y su gran caldera me hizo formar una idea de la aplicación que de esto se hace para los caminos de hierro.

Otra fábrica, aun mayor, es la de Bonaplata, situada en Santa Bárbara, también montada al vapor, y es del mismo género, pero el gran ruido de un volante no me permitió enterarme como deseaba.

Estuve también en el embarcadero del Canal, donde había algunos lanchones atados y una hermosa carroza con seis remeros arribó allí en aquel momento, conduciendo bastante gente. Paseé por entre los jardines y arboledas; vi lo que llaman esclusa y el modo como suben y bajan las barcas, por las desigualdades del terreno. Recuerdo el buen punto de vista que

(14) Recuérdese la nota 6.

ofrece el sólido puente de Toledo y, a propósito, consignaré aquí la idea gigantesca que ofrece en el diorama el puente de Cusac, dos leguas más allá de Burdeos. Es idea tan atrevida que parece que excede el alcance de los hombres: treinta arcos a la entrada y treinta a la salida son todos de piedra sillería y ocho columnas piramidales, más altas que la torre de San Esteban de Salazar, se apoyan en el centro del agua y sirven de sustentáculo a los grandes manojos de alambres y cadenas que sostienen aquel asombroso puente.

También recordaré el buen rato que me hizo pasar el célebre Guzmán (15), primer gracioso del teatro, en la comedia titulada «El Primito», a la cual siguió el baile pantomímico, titulado el «Lago de las Hadas», cuyas decoraciones de río, de luna y de gloria son ciertamente sorprendentes.

* * *

Otras muchas cosas pudiera consignar aquí, tan dignas como las que dejó expresadas, pero el tiempo, que tanto escasea cuando se vive en Madrid, no me lo permite.

Madrid, junio 1.º de 1845.

Francisco RUIZ SALAZAR

Por la transcripción, introducción y notas:

Fray VALENTIN DE LA CRUZ, O. C. D.

(15) Antonio de Guzmán (1786-1857), madrileño; fue también pintor y profesor del Conservatorio de la capital.